María Zambrano en algunas revistas hispanoamericanas entre 1938 y 1964

En mi propósito de acarrear materiales que permitan estudiar la bibliografía de y sobre María Zambrano, como punto de partida lógico para conocer su trayectoria, su obra y su pensamiento, alargo hoy la mirada hacia la otra orilla del Atlántico, en algunas de cuyas revistas ella dejó honda huella de originalidad, profundidad y buen decir [1].

Como en apresurada crónica de urgencia, susceptible de ampliaciones y correcciones futuras, atiendo la generosa invitación de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS con este título, que une al interés por su contenido el hecho de su aparición en esta revista, que nos brinda acogedora hospitalidad.

Con el fin de ofrecer al lector una vista panorámica de las colaboraciones de María Zambrano en las revistas hispanoamericanas consultadas, que son aquí objeto de nuestra atención, vaya por delante el siguiente elenco bibliográfico, esquemáticamente dispuesto.

N.º de orden	Título de la revista y lugar de publicación	Vol., núm., año, págs.	Título del artículo
1.	*Asonante* S. Juan de Puerto Rico	5 n. 1 en.-mar. (1949) 5-17	Ortega y Gasset, filósofo español (1.ª parte)
2.	*Asonante* S. Juan de Puerto Rico	5 n. 2 abr.-jun. (1949) 6-15	Ortega y Gasset, filósofo español (2.ª parte)
3.	*Cuadernos Americanos* México	121 n. 2 mar.-abr. (1962) 207-212	Palabra y poesía en Reyna Rivas
4.	*Cuadernos Americanos* México	133 n. 2. mar.-abr. (1964) 69-77	El camino de Quetzalcóatl
5.	*Diógenes* Buenos Aires	5 n. 19 sepbre. (1957) 43-58	Los sueños y el tiempo
6.	*El Hijo Pródigo* México	4 n. 14 mayo (1944) 75-81	La destrucción de las formas
7.	*El Hijo Pródigo* México	5 n. 18 sepbre. (1944) 137-139	Poema y sistema
8.	*El Hijo Pródigo* México	7 n. 23 feb. (1945) 71-74	La destrucción de la filosofía en Nietzsche

[1] Con anterioridad me he ocupado de otras parcelas de la bibliografía de María Zambrano en: «Colaboraciones con María Zambrano» en *«Cruz y Raya»*, *«Hora de España»* y *«Revista de Occidente»* desde 1933 a 1938, de próxima aparición en *Litoral*, y «Escritos de y sobre María Zambrano. Ensayo Bibliográfico», aún inédito.

N.º de orden	Título de la revista y lugar de publicación	Vol., núm., año, págs.	Título del artículo
9.	*El Hijo Pródigo* México	9 n. 29 agosto (1945) 91-95	Sobre la vacilación actual
10.	*Luminar* México	5 n. 3 (1941) 291-323	La confesión, como género literario y como método (1.ª parte)
11.	*Luminar* México	6 n. 1 (1943) 20-51	La confesión, como género literario y como método (sic) (2.ª parte)
12.	*Orígenes* La Habana	7 n. 25 (1950) 11-15	Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis
13.	*Orígenes* La Habana	9 n. 31 (1952) 17-22	Amor y muerte en los dibujos de Picasso
14.	*Sur* Buenos Aires	8 n. 42 marzo (1938) 85-86	Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger
15.	*Sur* Buenos Aires	9 n. 63 dbre. (1939) 43-60	San Juan de la Cruz (de la «Noche Oscura» a la más clara mística)
16.	*Sur* Buenos Aires	9 n. 72 sepbre. (1940) 16-35	La agonía en Europa
17.	*Sur* Buenos Aires	10 n. 78 marzo (1941) 7-23	La violencia europea
18.	*Sur* Buenos Aires	12 n. 90 marzo (1942) 12-31	La esperanza europea
19.	*Sur* Buenos Aires	n. 241 jul.-agos. (1956) 40-49	Unidad y sistema de la filosofía de Ortega y Gasset
20.	*La Torre* S. Juan de Puerto Rico	3 n. 12 oct.-dbre. (1955) 99-117	Sobre el problema del hombre
21.	*La Torre* S. Juan de Puerto Rico	4 n. 15-16 jul.-dbre. (1956) 553-576	Apuntes sobre la acción de la filosofía
22.	*La Torre* S. Juan de Puerto Rico	11 n. 42 abr.-jun. (1963) 29-43	El tiempo y la verdad
23.	*Universidad de La Habana*	15 n. 46-48 en.-jun. (1943) 52-82	Unamuno y su tiempo

Fácilmente se observa que las 23 colaboraciones precedentes, que en adelante citaremos según el número de orden con que han sido numeradas en la lista anterior, se agrupan en torno a cuatro países (Puerto Rico, México, Argentina y Cuba) y dos

o tres revistas por cada uno de ellos (aun a fuer de reiterativo: *Asonante* y *La Torre, Cuadernos Americanos, El Hijo Pródigo* y *Luminar, Diógenes* y *Sur, Orígenes* y *Universidad de La Habana,* respectivamente). Por orden cronológico de aparición hay una colaboración al año entre 1938 y 1942, dos en 1944, 1945, 1949, 1956 y una, de nuevo, en 1950, 55, 57, 62-64; finalmente, tres corresponden a 1943. [2].

Pero descendamos ya en concreto a los artículos citados, no sin antes reiterar, como apuntaba al principio, que no se trata de un análisis minucioso, sino de un simple recorrido, que oriente —eso sí— sobre el contenido de cada uno, acudiendo a los textos mismos de María Zambrano, plenos de luz y profundidad; mi objetivo actual es presentar ahora una bibliografía anotada, que sirva de introducción y de estímulo a la lectura y el estudio de la propia autora [3].

* * *

En la revista *Asonante,* publicación trimestral de la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico (ver núm. 1 y 2 de la lista anterior), tras una vibrante introducción, en la que María Zambrano se refiere a la dificultad de hablar sobre su maestro Ortega y las diversas formas de entender el discipulado, deteniéndose en la que ella ha mantenido y que arranca en una anécdota significativa de su vida al comenzar el exilio, María Zambrano analiza las principales características de *Ortega y Gasset, filósofo español,* título de los dos artículos que reproducen la primera lección del curso *Ortega y Gasset y la filosofía actual,* que dio María Zambrano en la Universidad de La Habana desde marzo a mayo de 1948.

En primer lugar considera María Zambrano el carácter español de Ortega filósofo, «esa unidad en que se funden en una vocación dos vocaciones», a pesar de que «en aquella hora de su salida al mundo parecía casi imposible ser español y ser filósofo; ser filósofo por ser y para ser español» (pág. 9).

Tras aludir al español Santayana, cuya vocación filosófica no tuvo acogida dentro de su país natal, analiza la tesis de Menéndez Pelayo, concluyendo que «la enumeración sagrada de la *Ciencia Española* viene a mostrar que, a pesar de haber existido filósofos, no ha existido Filosofía en España, al menos en la forma usual» (pág. 11). El testimonio de Ganivet, de los místicos españoles, de los grandes procesos quietistas en la España del siglo XVII son formas, «a la española», de enfrentarse a la realidad de la vida al margen de la filosofía. «Abordar el proceso histórico de España exige toda una metafísica... El español la ha hecho... de modo disperso, en poesía, en novela, en refranes, en coplas y hasta en silencios... en las más cotidianas actitudes. Dispersa,

---

[2] Al estar aún pendiente de contestación, por falta de tiempo, la solicitud cursada para obtener copia de los cuatro artículos siguientes, no he querido incluirlos en la relación precedente: «Nacimiento y desarrollo de la idea de libertad de Descartes a Hegel» *Luminar,* «La Cuba secreta, Fragmentos, Antígona, figura de la conciencia y de la piedad» *Orígenes.*

[3] Seguimos el orden de la relación ya expuesta, que recoge los artículos según la fecha de su aparición en las revistas, dispuestas alfabéticamente por títulos; al no pretender un estudio sistemático, parece mejor una ordenación tan simple, aun cuando no fuera válida en el caso de un análisis doctrinal.

brilla un instante para esconderse en seguida disfrazándose en burla y hasta en chabacanería...» (pág. 13).

Dentro de este contexto, Ortega se decide a ser filósofo y cambiar de actitud: «no padece la metafísica, sino hacerla» (pág. 14). Y a renglón seguido, justifica así María Zambrano «la necesidad ineludible de filosofía, de metafísica que no es lujo de la cultura, ni requisito obligado para entrar en el concierto de las naciones cultas, pues con no entrar en él... Es requisito para entrar en sí mismo, sin quedar prisionero, para entrar de modo que se pueda salir, para vivir de modo que se pueda morir y, si es que Dios lo quiere, resucitar» (pág. 15).

Este cambio de actitud que Ortega realiza por la filosofía, lo intenta también Unamuno, «el otro», intentando «poner de manifiesto nuestro conflicto para forzar a nuestro Dios desconocido a mostrarse... Salvarnos del suicidio para vivir agonizando; vencer la muerte a fuerza de desvivirse; tal era la «conversión» propuesta por don Miguel a los españoles y hasta España. Programa de poeta trágico que sólo la poesía trasmutada en santidad podía realizar. Nos ordenó levantarnos de nuestro ensimismado quietismo, no para aceptar la historia, entrando en razón, sino para vivir muriendo, desviviéndonos, forzando a Dios para que nos deje resucitar. Y solamente siendo santos... porque la santidad es la solución adecuada de la vida entendida como tragedia» (pág. 17).

El profundo cambio de actitud de Ortega, su vocación filosófica, que «absorbe dentro de sí toda otra: la poética, la científica, la política y hasta aquella que desafía la muerte en una danza sagrada en la arena y a otras más que pudieran descubrirse en la bibliografía de un filósofo» (pág. 7 de la 2.ª parte del artículo, conforme al núm. 2 de la lista anterior), su vocación filosófica —decimos— cuya pureza ratifica el hecho de que «habiendo podido ser tantas cosas fue una sola», dispuso a Ortega «a ser un español que *mira,* que medita en la actitud ancestral del pensador anónimo» (pág. 8) para convertirse en «el filósofo de España».

María Zambrano destaca la originalidad de la filosofía de Ortega, al brotar directamente de la vida española, la «originalidad filosófica» de su primer libro, *Meditaciones del Quijote,* que brilla por su claridad, «producto de la coherencia de la vida» (pág. 10).

Por fin, tras una extensa exposición que arranca en la acción de Ortega, de la que «vino a nacer o renacer la filosofía en España» (pág. 12), María Zambrano contesta estas preguntas que ella entiende de necesario planteamiento y respuesta: «¿Qué es la filosofía? ¿En qué se diferencia de la poesía? ¿Cómo puede superar la Tragedia? ¿En qué momentos ha sido necesaria?» (pág. 12).

* * *

En los dos artículos que siguen (núms. 3 y 4), María Zambrano comenta, para la revista mexicana *Cuadernos Americanos,* varios libros, cuyos temas le sirven a ella para glosar las ideas principales y aun a profundizar algunas que son propias de los autores que presenta.

Bajo el título *Palabra y poesía en Reyna Rivas* (núm. 3), María Zambrano examina

la inspiración de la poetisa dentro de la sección «Presencia del pasado», habitual en la revista mexicana.

Dentro de la multiplicidad de lenguajes hoy vigentes, la palabra que flota y nace por sí misma, hecha canto y oración, luz, huella y presencia, a la vez, aparece en los poemas de Reyna Rivas, recogidos en sus dos libros *Canto a la palabra* y *Estación de hoy*. Al ir analizando algunas muestras ejemplarizantes de su poesía, María Zambrano profundiza en el conocimiento poético de la autora y en la belleza de sus expresiones: «Palabra recuperada esta poesía de Reyna Rivas. Como todo lo que un día se perdió y vuelve rescatado, aparece como visto bajo el agua en una transparencia inaccesible; en un medio donde el movimiento es otro, otra la quietud. La palabra como don y resistencia a la vida. Y en su negación, ésa que subsiste, se diría que reside su última promesa. Antes del tiempo, entre el tiempo y más allá de él, temblando sola» (págs. 211-212).

Ahora (ver núm. 4 de la lista anterior) el comentario de María Zambrano tiene como objeto el libro de Laurette Séjourné, *El Universo de Quetzalcoatl* (México, Fondo de Cultura Económica, 1962), del que afirma que «es una muestra, una muestra ejemplar, del género de mirada que felizmente capta y hace visible un trozo de «realidad», no solamente remota sino un tanto sumergida» (pág. 69).

Para María Zambrano, «este libro se presenta como un lugar privilegiado, decisivo, donde el antiguo y original hombre-dios vuelve a manifestarse junto con el "orden" que creara» (pág. 70). Y más abajo todavía viene a puntualizar: «La historia del hombre-dios Quetzalcoatl, aparece clara, diáfana cuanto es posible en una tan misteriosa historia, en el libro de Laurette Séjourné. El método logra en él aquello que todo método de conocimiento y aun de exposición debe lograr, hacerse a fuerza de consumado, invisible» (pág. 71).

María Zambrano desea subrayar en este caso dos peligros que ha evitado la autora al no aceptar cartesianamente las divisiones establecidas para entender la realidad de Quetzalcoatl y al asumir sus diversos planos ontológicos —rey-sacerdote, astro, hombre-dios— cuando habla de su existencia. «Todos los modos de ser y aun de existir del cosmos aparecen en Quetzalcoatl, sin que la autora ceda mínimamente a la tentación de reducirlos unos a otros o de convertirlos en atributos de una sustancia, de un «sujeto» que los porta como emblemas o como signos de sus avatares. En Quetzalcoatl no hay episodios ni avatares, manifestaciones ni transfiguraciones. Su historia pasa por todos estos planos señalados que incluyen otros, a ellos subordinados; pasa por las diversas regiones del ser en un movimiento, como la autora subraya, trascendente, que al cumplirse —creo interpretarlo bien así— genera el ser. El ser que es el propio, ni más ni menos, del hombre mismo» (págs. 72-73).

Aferrándose a esta idea final, «el ser propio del hombre mismo», María Zambrano va a desembocar, después de referirse al sacrificio de Quetzalcóatl y su similitud con el cristianismo (págs. 74-75), en el interrogante más profundo que ambos vienen a destacar: «Cabe plantearse la cuestión de si lo que a Quetzalcóatl movió en su total abismático sacrificio fue la existencia humana en su plenitud, en su integridad; el «ser» del hombre que en soledad se lanza hacia su destino. Y entonces viene a resultar que el hombre de algún modo toca lo divino. Lo que actualiza la cuestión disputada, la

más disputada de las cuestiones del último período de la cultura occidental —que quien escribe estas líneas confiesa no poder abandonar en modo alguno— de si el hombre para realizarse como hombre, de si el hombre al cumplirse como hombre, no resulta algo más que hombre, un «algo más» que entendido de una o de otra manera, no hay más remedio que llamar divino. Lo que no lleva necesariamente, espero se entienda así, a creer que el hombre haya de convertirse en dios, ni siquiera a deificarse, ni menos aún a endiosarse. Y esto es lo que se desprende precisamente, a mi entender, de este libro excepcional. Quetzalcóatl, «Señor de la Aurora», simboliza y es a su modo la aurora del hombre. La permanente aurora del hombre. Ya que lo mejor de lo humano es lo de que (sic) auroral tiene, ésa su reiterada salida al alba; ése su alborear» (págs. 75-76).

La «evolución» del hombre, su caminar (el título del artículo de María Zambrano es *El camino de Quetzalcóatl)* lleva a la autora a recordar las ideas de Nietzsche, y aun la leyenda sobre su vida, para concluir con un interrogante que envuelve la realidad toda del misterio humano: «¿No se tratará de una cierta estructura, de la estructura del sacrificio del hombre que en soledad, por no haber conocido lo divino o por estar viviendo un eclipse, se ofrece con todo su ser a la luz; a la luz que hace nacer?» (pág. 77).

* * *

En la revista *Diógenes* (núm. 5 de la lista ya citada), María Zambrano escribe un denso ensayo, bajo el título «Los sueños y el tiempo», donde, para establecer «el conocimiento de los sueños», arranca de la propia «fenomenología del sueño», explicando sucesivamente «el fenómeno psíquico» para apuntar un «esquema de una fenomenología del sueño» (págs. 45-51).

A los epígrafes anteriores siguen otros más que estudian aspectos diversos del tema: «realidad e irrealidad del sueño y en los sueños», «vivencia de la finalidad-destino», «el tiempo de la conciencia, medio de la persona», «el análisis de los sueños», «de la lucidez de la conciencia cuando intuye».

Tras las «conclusiones» que expone brevemente, una «observación final», cuyas palabras transcribimos a modo de resumen: «La tesis esencial es la de la multiplicidad de los tiempos vitales: pueden ser los tres planos señalados o más: el de la psique, el de la conciencia y el de la persona. Corresponden a ellos tres movimientos: el de la psique es la ambigüedad. La ambigüedad es signo de falta de tiempo, necesidad de despliegue temporal, tensión sin movimiento. El de la conciencia es movimiento de captar y de disociar, de envolver y de rechazar, de abrir y de cerrar, movimientos de intención. El de la persona es circular, integrador» (pág. 58).

* * *

Las cuatro próximas colaboraciones de María Zambrano vieron la luz en la revista literaria de México *El Hijo Pródigo,* cuyo número 1 aparece el 15 de abril de 1943, estableciendo una periodicidad mensual, que se encarga de cumplir Ediciones Letras

de México de la Ciudad de México, responsable de la publicación. Sorprende en esta revista la austeridad de su presentación en contraste con la riqueza del contenido...

En el artículo «La destrucción de las formas» (ver núm. 6 de la lista), María Zambrano profundiza en el fenómeno del arte de nuestro tiempo, que «era más que deshumanización, destrucción de las formas, la humana, claro está, la primera» (pág. 76).

Partiendo del uso oriental de la máscara (el epígrafe inicial es el texto de Nietzsche: «Todo lo profundo necesita una máscara»), en contraste con la representación artística del rostro humano, tal como sucedía en Grecia, María Zambrano se refiere al «instante en que el arte europeo desde los más diversos lugares presenta el escalofriante aspecto de la destrucción de las formas... El arte, el de la figura y el de la palabra dejaba de cumplir esta función de equilibrio y apaciguamiento que le había estado tácitamente encomendada desde tantos siglos: renunciar a ser la medicina, remedio y estímulo confortante» (págs. 75-76).

En los títulos *«naturaleza y expresión humana», «objetividad y participación», «noche oscura de lo humano»,* María Zambrano explica las profundas razones de la destrucción artística de las formas, a través de la cual el artista, el hombre, pregunta por los orígenes de su propio ser: «Todo da a entender que busca algo dejado atrás y que quiere adentrarse en algún secreto lugar, como si buscara la placenta de donde saliera un día, para ser de nuevo engendrado. Abandona el mundo donde tenía que ser hombre entero, y sostener una idealidad; se muestra hostil para vivir a la luz del día, que es la luz de la razón, de esa razón que puso orden una vez en la realidad pavorosa. Busca el lugar oscuro, la caverna de donde saliera para en ella hundirse de momento» (pág. 80).

Algunos meses más tarde vuelve María Zambrano a *El hijo pródigo* (ver número 7 de la lista), con un precioso artículo, «Poema y sistema», en el que profundiza las relaciones entre poesía y filosofía, partiendo de «el problema de la expresión filosófica, de sus modos y formas originales» (pág. 137).

La consideración de la filosofía como expresión lleva a María Zambrano a la certeza de que «el sistema, la forma cerrada del sistema, tiene con el poema una relación mucho mayor de lo que los poetas rencorosos y los filósofos despectivos han querido dar a entender» (pág. 138).

Un tercer elemento queda también subrayado por María Zambrano antes de concluir: «Y más allá de la poesía y filosofía, está la unidad de la religión. En este sistema, aparece tanto como la poesía, la expresión religiosa; aunque de modo muy diferente, religión, poesía y filosofía han de ser miradas de nuevo por una mirada unitaria en la que los rencores crecidos con la prolijidad de la ortiga, estén ausentes; sólo ante una mirada así, la filosofía podrá justificarse... Filosofía, poesía, religión, necesitan aclararse mutuamente, recibir su luz una de otra, reconocer sus deudas, revelar al hombre medio asfixiado por su discordia, su permanente y viva legitimidad; su unidad originaria» (pág. 139).

Nuevamente en la revista mexicana, con una diferencia de pocos meses, María Zambrano escribe un artículo con el título: «La destrucción de la filosofía en Nietzsche» (número 8 de la lista). Arrancando desde la ambigüedad del tiempo recién pasado, «rico en formas de pensamiento inquietantes», y aurora que promete nueva

luz, llena de riqueza y libertad, María Zambrano sitúa la figura de Nietzsche como «uno de los protagonistas de este tiempo ambíguo..., un héroe del extremismo» que se afirma a sí mismo en la tenacidad y en la audacia. Así recorre el camino que le lleva a la destrucción de la propia filosofía, en su afán de buscar los orígenes. Como sucede a otros muchos filósofos de la actualidad, Nietzsche sucumbe ante la exigencia de descubrir los principios, los fundamentos, los orígenes del saber, junto al anhelo por encontrar también su yo originario, «puro, vivo, inmutable»: «Nietzsche vivió dentro de la filosofía el doble anhelo por el origen, que reside en la filosofía misma, y el otro, el del hombre que sueña verse más allá de su propio ser» (pág. 72).

María Zambrano subraya aquí el enfrentamiento de Nietzsche al idealismo alemán y su recorrido para destruir la idea del ser e implantar la vida como suprema realidad. Certeramente apunta nuestra autora la inevitable contradicción en que Nietzsche incurre: «La moral que quiso destruir para que la vida libre brotara, se le convirtió en un laberinto lleno de encantos. Al destruir la filosofía regresó al mundo mágico, en que, por no haber horizonte ni objetividad, los objetos son peligrosos hechizos, focos de enajenación» (pág. 73).

Todavía un paso más. Rota la conexión de la inteligencia con las ideas e instaurada la vida como supremo valor, surge en Nietzsche el poeta que desborda los límites del conocimiento filosófico. María Zambrano expresa aquí con bellísimas palabras, llenas de profundidad, las relaciones entre poesía y filosofía; Nietzsche es una víctima («el poeta asfixiado por el filósofo»), de uno y otro conocimiento.

Así se viene a explicar también el «eterno retorno» como expresión de un vuelo ascensional que cae y «símbolo bien claro de una avidez y de un amor rebeldes ante el objeto» (pág. 74). La conclusión de María Zambrano expresa vigorosamente la necesidad de profundizar en la vida, como punto de partida para llegar a la claridad del pensamiento: «El "eterno retorno" es, más que una idea, un espejismo creado por el horror. Nietzsche sucumbió a él por no haberse adentrado todavía más en la destrucción. Pues la vida abandonada a sí misma bien pronto vuelve a descubrir el pensamiento; la inteligencia fue requerida por la vida, que si hubiera podido sobrevivir sin ella no la hubiese perseguido tan ahincadamente. La filosofía, en verdad, ha sido vital siempre; logro y realización en sus momentos más afortunados de esa necesidad que la vida padece de ver, de esa aspiración hacia la transparencia que si encontró su expresión más pura en la filosofía y en ciertas filosofías, es reconocible siempre en todas las tormentas de la historia» (pág. 74).

Por fin, dentro de la misma revista, con el título «Sobre la vacilación actual» (número 9 de la lista inicial), al que se añade el subtítulo aclaratorio: *Prólogo a un libro sobre el Amor,* María Zambrano escribe un profundo análisis de nuestro mundo actual desde la perspectiva de la vacilación que todo lo devora, de «una gélida inhibición... que ahoga cualquier llama incipiente» (pág. 91).

María Zambrano examina la figura actual del hombre vacilante que «a veces se manifiesta bajo la forma de afirmaciones absolutas y negaciones obstinadas», y, con frecuencia, «en reacciones "frente", "contra" o "anti", como si la vitalidad desbordada y sin norte solamente encontrase su curso en algo que combatir». Lo que la gran guerra ha dejado tras sí, después de la esplendorosa vida del Romanticismo que llena

todo el siglo XIX, y aún los primeros años del XX, es sólo «un frío recelo que, bien pronto, cambia de encono en rencor» (pág. 93).

Con su habitual profundidad, la autora se pregunta por las razones íntimas que expliquen una situación semejante: «¿Se trata simplemente de una oscilación histórica? Pero tales alternativas han de responder a algo, y ese algo no puede ser más que alguna condición de la vida humana, profunda, esencial, si el término no asusta, *metafísica*. Y que tales excesos declaran dramáticamente el ser mismo del hombre» (pág. 93).

Así María Zambrano viene a fijar su atención en el amor, del que dice que «es quien más ha perdido y quien más rápidamente se ha eclipsado en la vacilación del hombre actual bajo la furia sin medida de los dioses sin rostro y sin nombre que sacuden todavía el mundo» (págs. 94, 95). El papel que atribuye al amor María Zambrano, dentro de la historia humana, quedará sabiamente glosado en bellas expresiones que sirven de punto final a este estudio: «En el largo camino de la historia, la aparición del amor como Dios señala el máximo esclarecimiento para la vida humana, como si este pacto le libertase más que ningún otro, más quizá que el de la justicia y la ley. Pues, ¿de qué serviría el "orden" salido de la poderosa comprensión de Zeus —ese "Dios que aprende sufriendo", según Esquilo—, si el ser humano quedara a merced del furor de sus propias entrañas o si al apagarlo, quedara con ese terrible vacío que engendra la vacilación... El Dios amor, el amor hecho deidad, iniciará la revelación de lo más inexcrutable de las entrañas humanas. Transformará la furia torturadora en inspiración. Y así, seguir el paso del amor en la Historia, será seguir la humanización del hombre, la revelación de su vida, el camino por el cual se ha ido encontrando a sí mismo, acercándose a la certidumbre. A la certidumbre que es el punto más alto de intensidad de un fuego que se transforma en luz, en que se iluminan al par las "profundas cavernas del sentido" y la dura ley del mundo» (pág. 95).

Otra revista mejicana, *Luminar*, brinda también hospitalidad a María Zambrano, quien ofrece a los lectores un amplio artículo (65 páginas en total): *La confesión como género literario y como método* (ver números 10 y 11 de la lista), título que aparece en su segunda parte con una ligera modificación (ver número 11).

La colaboración de María Zambrano va precedida por el siguiente texto de la redacción de la revista: «Con legítima satisfacción añadimos a nuestra ya escogida plana de colaboradores, el nombre ilustre de María Zambrano, pensadora española de relieve internacional, que fuera catedrática de la Universidad de Morelia y ahora lo es de la de Puerto Rico. El presente artículo es el primero de una serie de dos que tratan de la Confesión» (pág. 291).

Aquí María Zambrano arranca de la necesaria «conversión» que necesita el filósofo, vitalmente comprometido en la búsqueda de la verdad: «Hubo un filósofo, nada moderno, que ha manifestado la conversión que lleva consigo el disponerse a buscar la verdad, la transformación que significa para la vida su entrega a ella» (pág. 292). Tras aludir al ejemplo de Aristóteles y Platón, María Zambrano se traslada a nuestro tiempo para reflexionar así: «La filosofía moderna no ha pretendido reformar la vida, sino al revés, la verdad... Pero las verdades de la razón pura, las más universales se ciernen sobre la vida y para entrar en contacto con ella, necesitan que la vida previamente haya realizado alguna operación dentro de sí... El drama, pues,

de la cultura moderna, ha sido la falta inicial de contacto entre la verdad de la razón y la vida... Si la vida no es reformada por el entendimiento, ganada por la verdad que él le ofrece, si la verdad que él le sirve no sabe enamorarla, dejarla vencida sin rencor, se declarará en rebeldía» (págs. 293-294).

En tal sentido explica María Zambrano las «reformas del entendimiento» en los siglos XVI y XVII de Europa, así como el camino seguido por el idealismo alemán, y concluye: «La reforma del entendimiento europeo, el salto de la filosofía en sus dos aspectos, no hubiera sido menester, de haberse realizado una confesión a estilo agustiniano» (pág. 297). Tal es el intento de Kant en su *Crítica de la Razón Práctica,* al pretender darle a la vida razones para su «conversión» antes de exigirle «una reducción violenta, sin haberla preparado, sin ofrecerle apenas compensación» (pág. 297). Comentando la frase de Nietzsche: «Se hace muy difícil aceptar la verdad sin más, pues una vez aceptada hay que someterse a ella», María Zambrano plantea el interrogante central de su estudio: «¿Cómo salvar la distancia, cómo lograr que vida y verdad se entiendan, dejando la vida el espacio para la verdad, y entrando la verdad en la misma vida, transformándola hasta donde sea preciso sin humillación?» (pág. 299). Su respuesta es firme, segura: La confesión, género literario que brindan poesía y literatura al pensamiento filosófico, «en otros tiempos se ha atrevido a llenar el hueco, el abismo ya terrible abierto por la enemistad entre la razón y la vida» (pág. 299).

Después de este amplio planteamiento, María Zambrano profundiza algunos aspectos principales en los epígrafes siguientes: *La Confesión, Género Literario* (págs. 299-304), que concluye con esta definición: «La confesión es, pues, una acción, la máxima acción que es dado ejecutar con la palabra. Por eso se espera lo que va a venir después de leída, se espera siempre el milagro» (pág. 304), y «La Confesión, Revelación de la Vida» (págs. 304-311).

La parte central de este artículo analiza, bajo el título general: «Las Confesiones», el testimonio de San Agustín, de quien María Zambrano afirma que es «quien muestra la confesión en toda su plenitud y con una claridad que no se ha vuelto a conseguir» (pág. 311). ¡Qué análisis tan profundo del gran Agustín de Hipona! ¡Con qué agudeza penetra María Zambrano en el espíritu agustiniano, analizando la triple pesadilla de la existencia humana: aceptación del nacimiento, horror de la muerte y reconocimiento de los demás como iguales! La comparación con Job ilumina aún más la honda penetración de María Zambrano en la doctrina de San Agustín.

Más adelante, estudia nuestra autora los puntos de contacto entre San Agustín y Descartes (págs. 25-30 en la segunda parte del artículo), para referirse también a la figura de Rousseau: ineludiblemente tenía que aparecer la nueva confesión. No podía tardar más tiempo cuando Juan Jacobo, con su terrible inocencia, la realiza (pág. 31). En diferentes epígrafes, María Zambrano desgrana la rica cosecha que aportará Rousseau: «Historia y confesión» (págs. 32-33), «Un corazón natural» (págs. 33-35), «El paraíso artificial» (págs. 35-40). Así María Zambrano, al hacer la historia de la confesión como género literario, desemboca en las dos corrientes que arrancan de Rousseau: «el surrealismo» (págs. 40-44), y la que ella califica: «Los hombres subterráneos» (págs. 45-51), entre los que cita a los poetas Baudelaire y Rimbaud, los filósofos Kierkegaard y Nietzsche y el novelista Dostoyewsky.

María Zambrano viene a concluir que el género literario «confesión» es un método válido para descubrir el punto de arranque y de convergencia de toda filosofía, empeñada en el compromiso de la vida tanto o más que en el descubrimiento y aceptación de meras verdades especulativas: «La confesión parece ser así un método para encontrar ese *quien,* sujeto a quien le pasan las cosas y en tanto que sujeto, alguien que queda por encima, libre de lo que le pase» (págs. 50-51).

Ahora una doble muestra de las colaboraciones de María Zambrano en la revista *Orígenes* de La Habana. La primera, con el título «Lydia Cabrera, Poeta de la Metamorfosis» (ver número 12), analiza la obra de Lydia Cabrera, «poeta de este mundo, entre cielo, agua y tierra donde la luz es creadora de todo» (pág. 12).

Después de referirse a los poetas como aquellos hombres que «recordaban a la vez el tiempo antiguo, cuando los seres podían transitar libremente por todos los estadios del ser» (pág. 12), antes de la fijación por el hombre, por la filosofía, de los límites de cada cosa, de cada esencia dentro de su forma (pág. 11), y después de hablar de Cuba como la «isla arquetípica», en la que luz ilumina la variada metamorfosis de las formas escondidas (pág. 12), María Zambrano asegura que «Lydia Cabrera se destaca entre todos los poetas cubanos por una forma de poesía en que conocimiento y fantasía se hermanan hasta el punto de no ser ya cosas diferentes, hasta constituir eso que se llama «conocimiento poético» (pág. 13).

Sobre este «conocimiento poético» tratará María Zambrano en las páginas siguientes; en ellas destacará la diferencia entre el conocimiento intelectual (que recae y exige la unidad de cada ser), y el poético (que anda en ese amplio y liberal territorio, por ese anchuroso espacio donde se produce la metamorfosis), y aplicará a Lydia Cabrera, a su obra *Por qué* (1948), principalmente, las características más importantes, las notas más sobresalientes del conocimiento poético.

Y tras esta reseña bibliográfica de María Zambrano, su segunda colaboración en *Orígenes,* bajo el título: «Amor y muerte en los dibujos de Picasso» (ver número 13). Como precisa en nota, se trata de un «ensayo aparecido en versión francesa en el número último de *Cahiers d'Arts* (sic) de París, como comentario a la Exposición de Dibujos y Esculturas de Picasso, que tuvo lugar en la «Maison de la Pensée Française», en 1951 (pág. 17). El artículo está firmado en París (2 de marzo), y La Habana (17 se abril) del ya citado 1951, y ocupa las páginas 29-32 del también citado Cahiers D'Art, a doble columna [4].

¡Qué hermosas las expresiones de María Zambrano sobre el dibujo; qué profundas!: «El dibujo es la más rara de las artes, hecho con lo más cercano a la nada, no ya la luz, sino su contrario, la sombra que es lo primero que la luz generosamente hace aparecer; esa sombra adelgazada hasta lo último que corta y define el espacio; primer signo de la vida y de la muerte, sin división. El color y el peso son de la vida, pertenecen al misterio de la encarnación, mas la línea es vida y muerte indistintas, el más allá de todo cuerpo; lo que le estaba esperando y lo que quedará por siempre,

[4] En el diario *Sur* de Málaga (29.8.1981), publiqué un breve resumen de este artículo: «María Zambrano sobre Picasso» con motivo del centenario de este último, al encontrar el texto francés de Cahiers entre las obras del Legado Sabartés del Museo de Málaga, cuyo catálogo entonces preparaba.

tras su partida; su hueco insustituible en el espacio indistinto: lo que no se puede borrar» (págs. 17-18).

Y qué admirable el juicio sobre la muestra de Picasso: «Ante estos dibujos sentimos el misterio del dibujo, de la línea que, además de ser la luz haciendo aparecer a la sombra, es trazo en el espacio de la nada. Trazo; cifra. Trazo dejado por la vida en su transcurrir; cifra de unas extrañas nupcias entre la vida y la muerte» (pág. 18).

Aún más: «El dibujo nos presenta un género de presencia impalpable; el hueco de un cuerpo viviente; la imagen tiende a imprimirse en la oquedad, única forma que tienen los cuerpos de eternizarse, fijándose por su ausencia, mientras que el fantasma que nos da la pintura, está todavía sometido al tiempo y amenazado de gastarse por él. Mas aquello que mira desde su vacío no dejará de mirar ya nunca. El dibujo es la soledad de la imagen vaciada ya de carne, de cuerpo y hasta de tiempo; es la libertad suprema de la imagen a salvo ya de toda contingencia...» (págs. 18, 19).

La huella española de Picasso es también objeto de la atención de María Zambrano, quien se refiere al «eros» destructor, a «la furia que devora el propio objeto que persigue», a la «autofagia, mal sagrado de España... que todo lo reduce a polvo..., elemento incorporado, como la muerte, a la creación por España» (pág. 21).

María Zambrano opina que «Picasso ha reducido cuanto es posible la pintura a polvo», y apelando al testimonio de otro español, profundiza aún más: «Fue Quevedo quien en el paroxismo de la pasión dice: "Polvo seré mas, polvo enamorado", un epitafio que podría servir igualmente para el propio Picasso, porque todo su arte es el resultado último de la furia erótica que se hunde en su propio objeto para averiguar sus entrañas. Picasso ha puesto al aire las entrañas de la pintura» (pág. 21).

El recuerdo a la paloma picassiana pone punto final a este precioso ensayo de María Zambrano que comenta los dibujos de Picasso bajo el prisma del amor y la muerte: «La paloma que se desangraba en su vuelo ha encontrado la libertad» (pág. 22).

La prestigiosa revista argentina *Sur* que, mensualmente primero y bimestralmente después, se publicaba en Buenos Aires bajo la dirección de Victoria Ocampo, dio cabida en sus páginas a varios artículos de María Zambrano entre 1938 y 1956. San Juan de la Cruz y Ortega son objeto de la atenta mirada de María Zambrano, tres artículos más analizan extensamente la «agonía», la «violencia» y la «esperanza» de Europa. Veamos en concreto cada uno.

Aunque algunos autores prestigiosos citan como de María Zambrano un artículo titulado: «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger» (ver número 14 de la lista), no existen pruebas explícitas de que la breve nota introductoria y la recopilación del texto de Machado sean de María Zambrano [5].

En realidad se trata de lo siguiente, como puntualiza la propia nota referida: «En nuevas páginas de su admirable "Miscelánea apócrifa" *(Hora de España,* Valencia, enero de 1938), y por boca de su famoso personaje Juan de Mairena, Antonio Machado diserta sobre filosofía alemana y, en particular, sobre el existencialismo de Heidegger, señalando dos precedencias españolas: la suya propia —puesto que los

[5] Entre otros, atribuye este artículo a nuestra autora J. Simón Díaz, en su *Manual de bibliografía de la literatura española.* Madrid, Gredos, 1980, 3.ª ed., núm. 23.759.

versos más adelante transcritos pertenecen al mismo Machado— y la de Unamuno» (pág. 85).

En realidad, el primer artículo de María Zambrano en *Sur* data de 1939. Está firmado en Barcelona (17 de marzo) y Morelia (México) (16 de junio de 1939). Años más tarde aparecería también en italiano, según cita de Abellán [6]. Este artículo está recogido, asimismo, en la edición de 1977 de *Los intelectuales en el drama de España* (págs. 194-208). Al parecer, María Zambrano preparaba esta colaboración para la revista *Hora de España;* al concluir la guerra civil española el 1 de abril de 1939 y tener que salir hacia el exilio, ultimó el artículo en Morelia y lo publicó en Buenos Aires (revista *Sur,* número correspondiente a diciembre de 1939).

El título «San Juan de la Cruz (De la «noche oscura» a la más clara mística)» (ver núm. 15 de la lista inicial) es un bello ensayo de María Zambrano, lleno de frescura, de poesía, de originalidad profunda, de emoción intensa. Los recuerdos castellanos de su infancia y adolescencia en Segovia se mezclan con el análisis sobre el poeta, el místico, el santo. Mística y poesía son objeto aquí de la atención de María Zambrano Ambas vías sirven a la autora para seguir los pasos de San Juan de la Cruz que caminaba por ambas con la seguridad que aquí ella destaca.

Algunos textos, tomados casi al azar, nos sirven de fiel testimonio. «Lo que late en el fondo de la mística de la creación de San Juan es una voracidad que nos ha hecho recordar a la crisálida que devora su capullo, que se come su envoltura; hambre de existir, sed de vida. Voracidad que traspuesta a lo humano es amor, hambre irresistible de existir, de tener "presencia y figura"... La destrucción que vemos en San Juan de la Cruz está lleno en la esencia de la creación» (pág. 50). Y más abajo: «No ha sido el azar, aunque este azar fuese tan feliz como el de ser San Juan un poeta, el motivo de esta maravillosa unidad de poesía, pensamiento y religión que encontramos, unidad que afecta, más que a nadie, a la poesía que es la que en mayor soledad camina desde siempre. Y aún nos atrevemos a afirmar que tiene mayor alcance la figura de San Juan para la poesía que para la mística» (pág. 52).

María Zambrano profundiza en la relación amor-conocimiento tal como se manifiesta en San Juan de la Cruz: «Largamente se ha hablado de la relación entre amor y conocimiento. Platón y Aristóteles dejaron el tema y sobre él se ha resbalado. Y el amor platónico tan mal entendido, tan envuelto en barnices pseudorrománticos, aparece en San Juan de la Cruz con toda plenitud. El amor que no descansa, que acucia al entendimiento para que se le entregue la presencia y la figura, y así, el entendimiento la alcanza como únicamente puede: idealmente. Y el amor no puede darse por satisfecho con ello: "Acaba de entregarte ya de vero / no quieras enviarme / de hoy ya más mensajero / que no saben decirme lo que quiero." Sin la exigencia del amor, la mente no habría llegado a forjar la idea, la posesión de la presencia y la figura tal como ella puede únicamente alcanzarla. La objetividad no es posible sin el amor y, por parte del hombre, quizá no sea otra cosa» (pág. 54).

Este análisis sobre la relación entre el amor y el conocimiento lleva a María

---

[6] Capítulo «M. Z.: La "razón poética" en marcha», en el libro *Filosofía española en América (1936-1966).* Madrid, Guadarrama, 1967, págs. 169-189.

Zambrano a recordar al filósofo Espinosa y a compararle con San Juan de la Cruz: «¿Es de extrañar que el amor haya preferido casi siempre el derrotero poético al filosófico? Con raras y maravillosas excepciones, así ha sucedido. Seguir por el escueto, escarpado camino de la filosofía, llevado sólo por el amor, lo han podido realizar únicamente los místicos de la razón, los que *creyeron* que la razón era el fondo último de todo; los que encubrieron su remota creencia en la divinidad bajo la forma racional. Así, Espinosa, filósofo judeo-español» (pág. 56).

Por fin, para terminar, otra vez, como al principio, la reflexión sobre el marco geográfico del santo poeta: «¿Qué relación puede haber entre la delgadez del aire castellano que deja dibujarse tan limpia y fielmente los perfiles de cada cosa, y esta transparencia del alma que permite una tan clara mística? ¿Cuál, entre la manera resuelta, objetiva de entregarse al poder humano que tuvo el alma castellana cuando fue la hora, y este amor tan sin reservas, este fuego del que trasciende tanta luz?» (págs. 59-60). Y, finalmente, una súplica en forma de interrogante: «¿Por qué, Señor San Juan, no recobra Castilla su objetividad?» (pág. 60).

Hace ya treinta años que María Zambrano dedicó al tema de Europa tres artículos en *Sur*, allá por los años 1940-42 (núms. 16, 17, 18 de la lista inicial). En tres luminosos términos —agonía, violencia y esperanza— resume María Zambrano la problemática europea. Con su clarividencia habitual hunde su reflexión hasta las mismas raíces históricas de Europa, analiza las circunstancias de la crisis europea, señala las vías de solución [7].

«La agonía de Europa» (ver núm. 16) es el primer título de la colaboración de María Zambrano en septiembre de 1940. Ya entonces ella plantea la angustia por la decadente situación que vive Europa y se refiere a las dos actitudes frente a tal situación: la de los emergentes rencores de los enemigos solapados («¿Por qué, entonces, esta desbandada de leales, por qué este triunfo del sordo rencor, del descarnado arrivismo que pretende dejarla atrás como «a una etapa superada» ya?). Por una parte, parece fatal que todo lo que triunfa humanamente engendre su sombra. Hasta ahora, no parece haberse cumplido el anhelo de una victoria sin vencido, de una victoria que consista íntegramente en convencer. Y el vencido, condenado a no desarrollarse, se convierte en pábulo de resentimiento. Ni aun la resplandeciente figura del amor ha dejado de proyectar siempre la opaca sombra de la envidia (pág. 18) y la inusitada «servidumbre a los hechos» que, por vez primera, caracteriza al europeo de hoy, falto de poder de abstracción, de «afán heróico que le hacía desdeñar lo primero que ante sí encontraba para ir a buscar algo más estable, más firme, más permanente y claro a que servir» (pág. 19).

María Zambrano estudia el naturalismo y el liberalismo como causas de la «falta de ímpetu del entendimiento». Ambos son cómplices de la fatal confianza, en la naturaleza y en la naturaleza humana, que está en el origen de la peligrosísima situación de la decadencia de Europa, en algún modo con ciertas semejanzas a la nuestra de España: «El pensamiento europeo se enredaba en sus propias victorias,

---

[7] J. F. Ortega Muñoz ha estudiado el pensamiento de María Zambrano sobre Europa en *La crisis de Europa en el pensamiento de María Zambrano* (Religión y Cultura XXV, 1979, enero-febrero, págs. 41-69).

fracasaba a causa de su riqueza y de la altura misma a que había llegado. No tuvo conciencia rigurosa de sus bienes. Rara situación que, hasta ahora, habíamos creído ciertos españoles privativa del pensamiento y de la vida española: perderse por sus dones, más que por sus defectos» (pág. 22).

El terror y la confianza son los actuales enemigos de Europa en la presente situación; en ellos se manifiestan los difíciles momentos de la agonía, del agonizante. «Pero aun en medio del terror, el amor no se resigna y sigue preguntando si en verdad ha muerto esa realidad histórica de vida y de cultura, esa tradición que llamamos Europa y que ya estaba emigrando de su menguado territorio. Y la pregunta acerca de la muerte de Europa nos ha llevado a preguntarnos ¿qué es, qué ha sido Europa? Pues a tanto equivale el averiguar su traición» (pág. 26). ¡Con qué expresividad reflexiona María Zambrano sobre la realidad histórica de Europa!: «Cuando retiran el frío cadáver de nuestro lado, el don precioso de evocación, más que la razón, es el encargado de traernos el consuelo. Porque la evocación nos trae la estela de la realidad casi tan real como ella, mientras la razón no más que la comprobación de la muerte» (página 26).

Tras la reflexión profunda de María Zambrano, al hilo de la evocación histórica de Europa, un deseo radiante de esperanza en su futuro, que sirve de punto final: «Pero tratando de encontrar la esencia de eso que llamamos Europa, de eso que por nada aceptamos —seguir viviendo nuestra vida sin su vida—, buscaremos también el principio de su posible resurrección. En suma, y dicho con cierta audacia, de la que sólo el amor nos dispensa: Europa no ha muerto, Europa no puede morir del todo; agoniza. Porque Europa es tal vez lo único —en la Historia— que no puede morir del todo; lo único que puede resucitar. Y este principio de su resurrección será el mismo que el de su vida y el de su transitoria muerte» (pág. 35).

El segundo artículo sobre Europa tiene por título «La violencia europea» (núm. 17 de la lista); en él María Zambrano inicia su reflexión sobre Europa, medio año más tarde de su artículo anterior, bajo el texto de Hegel que aparece en la cabecera: «Algunas veces es preciso que estalle el corazón del mundo para alcanzar una vida más alta».

Al someter a nuevo análisis la situación de Europa, María Zambrano afirma que «la tragedia de Europa es la tragedia de la violencia que al fin ha estallado» (pág. 8) y se pregunta por su origen: «¿En dónde estriba el origen de la violencia europea? Hacer esta pregunta equivale a preguntarse por los orígenes de Europa, por su nacimiento. Y por la sustancia de la vida europea» (págs. 9-10).

En el epígrafe «El Dios europeo», María Zambrano intenta una respuesta plena de profunda originalidad. El Dios de Europa no lo hereda de Grecia, lo recibe de un pueblo semita y es «el Dios creador por excelencia». Por ello afirma María Zambrano: «Ningún Dios más activo, más violento. De la nada saca el mundo, la espléndida realidad que es la mayor acción de todas, la acción más activa, absoluta acción. Y la criatura humana está hecha a su imagen y semejanza. Pronto va a empezar este frenesí de la creación que se llama Europa» (pág. 13).

Un paso más para señalar el papel de la filosofía en Europa: «Y el esfuerzo mayor

de la filosofía ha sido siempre el de neutralizar los efectos de los dioses. De ahí que las mujeres no hayan solido dedicarse a ella, pues la mujer ha sido siempre la esclava del Dios y jamás se hubiera atrevido a tomar el partido del hombre» (pág. 13). No es, pues, extraño que María Zambrano concluya: «Mas dentro de la misma mediación católico-griega, estaba ya la violencia humana, pues esta mediación no fue sino un milagroso equilibrio sobre su propio abismo» (pág. 16).

En efecto, Europa no renuncia a su propia vida, su historia; el hombre europeo «es el único hombre que viviendo en una religión no se ha echado en pasto a los dioses, ni siquiera al Dios que se dio en pasto a él. El heredero de Grecia ha ido más allá al querer fundar su historia, su propia creación» (pág. 17). Ni el oriental, ni el griego concibieron esta «independencia histórica del hombre»; ellos se resignaron (el estoicismo) a la sumisión divina que interpretaban como natural. «Una de las religiones semitas, precisamente la de este Dios creador, albergó una rebeldía que inicia la historia. La primera rebeldía. El hombre, al salir del paraíso, estaba ya arrojado a su propio sino; quiso vivir y le fue dada la vida. Después Job, sabiéndose polvo, ceniza, sombra pasajera, "quiere venir a razones con Dios" y le interroga sobre su destino, sobre el horror del nacimiento, sobre la certidumbre de saberse perecedero, sobre la humillación de soportar la injusticia. Es la queja humana, la no resignación, la afirmación —aquí más fuerte que en la filosofía— de la parte del hombre. Es la sombra pasajera, "Acuérdate, oh Señor, que mi vida es viento", que hace violencia a la misma tremenda divinidad» (pág. 18).

María Zambrano abunda en esta idea de rebelión que engendra violencia, de una violencia que tiene raíces tenues, pero consistente: «La historia es hija de la mayor violencia, la violencia definitiva que el hombre puede haber cometido; es la glorificación y afirmación de la miseria humana sin reducirla a nada, tal y como es. El hombre es polvo y ceniza, pero estas cenizas tienen sentido» (pág. 19).

Para concluir este ensayo, María Zambrano comenta dos epígrafes que son compendio de toda la reflexión anterior: «La violencia del existir» (págs. 21-22) y «La religión de Europa» (págs. 22-23). En ambos consolida las columnas que mantienen su tesis sobre Europa: «Hacer la historia de Europa sería tanto como hacer la historia de esta violencia de la historia. Diríase que es la herejía de Europa, la herejía que le da nacimiento... El conflicto a que Europa ha llegado en su violencia es religioso y la misma filosofía no podrá resolverlo... El europeo no ha consentido en ser esclavo de ningún Dios, ni siquiera del suyo, del que ha bajado a ser esclavo del hombre. Ni siquiera a este Dios esclavo del hombre, el europeo ha correspondido. Ni siquiera con este alimento se ha aplacado» (págs. 21-23). Y a la vista de esta «versión europea del cristianismo», María Zambrano termina preguntando: «¿Es posible otra, que sea también europea y, sobre todo, que sea cristianismo?» (pág. 23).

Después de este interrogante y el severo diagnóstico de María Zambrano, su tercer artículo, «La esperanza europea» (ver núm. 18 de la lista), intenta una solución al grave mal que, a todas luces padecemos, indica, por la vía del análisis, la trayectoria que Europa deberá seguir, el objetivo al que, desde sus orígenes, se ha dirigido.

María Zambrano arranca de la afirmación de que «toda cultura viene a ser consecuencia de la necesidad que tenemos de nacer nuevamente. Y así la esperanza es

el fondo último de la vida humana» (pág. 12). En este sentido «la historia europea es más historia que ninguna otra hasta el presente, porque, además de la violencia o afán de existir, tiene la conciencia de esta esperanza, al descubierto. Y aún porque su esperanza ha sido la de reconocer constantemente aquí en la tierra, tomar a la tierra como escenario de su resurrección» (pág. 13).

El europeo, protagonista y sujeto de la historia, es hijo de la esperanza. Mas, en preguntas de María Zambrano, «¿Quién es este hombre, este protagonista? ¿Cómo nació? ¿En qué momento, en qué lugar podemos sorprender su nacimiento? ¿Y cuáles han sido esos mundos en que ha habitado? ¿Y cómo se han mantenido milagrosamente entrelazados entre sí?» (pág. 13).

María Zambrano va respondiendo a estas cuestiones en los diferentes epígrafes que siguen. Así, en el titulado «Nacimiento de Europa», se refiere a San Agustín como «padre de Europa» y «protagonista de la vida europea» (pág. 15).

Bajo el epígrafe «La esperanza antigua y la esperanza cristiana», María Zambrano profundiza en la herencia griega y cristiana de Europa. «Como todo hijo o discípulo, lleva a realidad, encarna la esperanza del padre o del maestro» (pág. 16), así Europa hereda de Grecia la «sed de razón» que su «pesimismo existencial», «su disgusto de la vida», «su casi horror por ella» le habían provocado. Con gran acierto señala María Zambrano la raíz fundamental de la sociedad helena: «El griego no tuvo nunca vocación para la vida; la tuvo para la razón, para la belleza, para cosas que sólo alcanzarían un ser en un lugar que no es la vida ni la muerte tampoco, sino la inmortalidad. Por eso descubrieron la inmortalidad, que en ellos tiene más claridad y fuerza que en parte alguna. Y este descubrimiento y afianzamiento revela su genio positivo y creador: horrorizándoles tanto la vida como la muerte —que eso es el pesimismo— descubrieron la inmortalidad, suerte de transmundo; descubrieron el *ser*. Ser que es contrario en cierto modo a la vida. Todos los pueblos o culturas vitalistas rechazaron la idea de *ser*, y nunca hubieran podido descubrirla; porque el *ser* está más allá de la vida y de la muerte, como la razón, como la pura belleza de la que sus mármoles nos envían el reflejo... La esperanza, para los griegos, residía en la razón, en el camino abierto por la razón, y que a ella se agarraron en el camino de salvación que fue la filosofía» (págs. 17-18).

A esta rica herencia clásica sumará Europa el patrimonio de su íntima condición cristiana: «La esperanza cristiana, en cambio, es una réplica a otra desesperación: la desesperación que se obstina en vivir y que en medio de las mayores desdichas aún se queja de su ser perecedero», como puntualizará María Zambrano con palabras tomadas de Job (págs. 18 y sig.).

Tal es el eje bipolar en torno al que hace girar la autora el universo del ser y vivir de Europa: «Sobre estas dos desesperaciones iniciales, desesperación de la vida, melancolía y desgana griega, y desengaño de la razón para el hombre vulgar que no tenía adónde agarrarse en ella, pues se le exigía morir en vida para ser filósofo, sobre este sistema de la desesperanza y del fracaso de la filosofía, se abre camino San Agustín» (pág. 20).

De los dos libros principales del santo, *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios*, extrae

María Zambrano las razones que abonan su tesis. Del primero la característica más íntima del europeo; del segundo la constante principal de su historia. Veamos.

La confesión agustiniana viene a revelarnos «que el hombre europeo, el protagonista de su cultura, sea por lo menos dos; que cada hombre, y no por especial genialidad ni particular complicación, sino por vivir en este sistema de vida, lleve a otro dentro de sí. Aquel de quien huye, el yo en sombra, el que vive en desprecio, del que nos avergonzamos, el que irónicamente reconocemos como contrapartida obstinada de nuestro proyecto, y aquel otro de nuestros sueños con el que llegamos a confundirnos en los momentos afortunados, en esos raros momentos en que nos parece que de veras vivimos y somos» (pág. 22).

Pero también apunta San Agustín la característica más íntima de ese nuevo ser: «Este hombre nuevo, es el interior: "Vuelve en ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad." El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior; se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede repasar en ella; por eso es independiente, y algo más que independiente, libre» (pág. 23). Frente al individuo estoico que, en expresión de Séneca, tiene que «buscar que lo que soporta sea más fuerte que lo soportado», la persona cristiana se nos ofrece sin límites para sus fuerzas, su vida o su muerte. «Hay algo en el hombre que todo lo traspone y trasciende; ser hombre es poseer esta interioridad que lo trasciende todo, esta interioridad inabarcable» (pág. 24).

Por lo que a la historia de Europa se refiere, María Zambrano afirma: «Fácil sería demostrar que desde las Cruzadas hasta los últimos conatos de revoluciones, la historia de Europa ha estado movida por utopías, por grandes imposibles... Toda la historia es un fracaso porque la esperanza que la ha movido es imposible de realizar» (págs. 28-29). Nuestro mundo imperfecto es reflejo defectuoso del otro que esperamos alcanzar, nuestras ciudades son «atrevida copia» de la auténtica «Ciudad de Dios» (págs. 29-31).

Todavía dentro de sus fecundas colaboraciones en *Sur,* encontramos, catorce años más tarde, desde Roma (marzo de 1956), un artículo de María Zambrano que titula: «Unidad y sistema de la filosofía de Ortega y Gasset» (ver número 19). Se trataba de un número extraordinario, en homenaje a Ortega, con presentación de Fernando Vela, secretario de redacción de la *Revista de Occidente.* En la parte titulada *Ortega en la Filosofía* (hay otras dos extensas partes dedicadas a «El ensayista, el sociólogo» y «El Hombre») María Zambrano colabora junto a Salvador de Madariaga, Julián Marías, José Ferrater Mora y otros cualificados autores.

Ya en 1949 nuestra autora había publicado dos extensos artículos sobre el maestro, fruto de los cursos y conferencias que había pronunciado en América (ver número 1 y 2 de la lista inicial, así como las páginas anteriores a ellos dedicadas). Ahora intenta, según sus palabras, «mostrar la unidad y la íntima trabazón sistemática de la obra múltiple y diversa» (pág. 41) de Ortega. Con tal motivo se refiere también a la claridad y belleza de la obra del filósofo, que a muchos parece contradecir con su carácter filosófico, y al carácter español de su pensamiento, ya desde la publicación de su primer libro en 1914.

Sobre el carácter sistemático de la filosofía de Ortega apunta entre otras cosas,

María Zambrano: «La filosofía ha comenzado a existir en la actitud antes que en el contenido, en el género específico de mirada, en la distancia especial entre el que mira y lo mirado; en las exigencias implícitas de esta mirada... Y este género de mirada la llevará siempre, cualquiera que sea el asunto de que hable: descripción de paisajes, crítica de un libro, de un cuadro, acotación de un hecho. Es ya una mirada sistemática, pues tiene un centro, un horizonte y una persecución del límite; se mueve en un articulado movimiento; es lo contrario de la dispersión» (pág. 47).

Por fin, al referirse a la unidad en la filosofía de Ortega, de quien dice que «no vino a pensar sino lo que hizo» y que «su pensar fue descubierto por su acción», se pregunta: «¿Es posible acaso mayor unidad en el pensar y en la vida, unidad más íntima? Ella es, me atrevo a decir, el núcleo del sistema de Ortega: su eje, su validez, y aún, atreviéndome a usar un término cuya crítica emprendió, su sustancia. Sustancia y unidad viviendo: pues el verdadero pensamiento no puede brotar sino de un instante privilegiado en el cual, al hacernos, "somos"; nos interiorizamos y exteriorizamos; que tal unidad de contrarios —tal movimiento— es la vida» (pág. 48).

Otra publicación diferente, ahora *La Torre,* Revista General de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, ofrece cobijo a tres densos y originales artículos de María Zambrano en los años 1955, 1956 y 1963 (ver números 20-22 de la lista). Tres temas de honda raíz filosófica que son objeto de un tratamiento personal, lleno de luminosa profundidad y bella expresión literaria.

El primero viene a fijar la atención en el centro de toda auténtica filosofía; su título: «Sobre el problema del hombre» (número 20 de la citada lista). Así comienza María Zambrano: «Lo más importante de la situación de hoy es, sin duda, que el hombre se ha convertido en problema» (pág. 99). Bien es verdad que no se trata de un suceso tan extraño, porque en cualquier momento de la historia «el hombre se ha sentido obligado a "declararse" continuamente», como bien lo demuestran sus expresiones poéticas, literarias y aun plásticas (pág. 99).

Pero la verdadera aparición del problema, la que marca una diferencia radical con el pasado, ocurre «cuando surge el pensamiento filosófico, cuando al fin, cansado de respuestas insuficientes e inadecuadas a su conflicto, se decide a preguntar, a preguntarse. Entonces el conflicto se reduce y nace el problema, es decir, la interpretación intelectual del conflicto» (pág. 100). El hombre de aquella época afronta decididamente la nueva situación: «Para vivir así, entre la angustia y el asombro, al borde del naufragio, al vacilante Adán, le es necesario ante todo decisión» (pág. 101). No en vano tal decisión valiente marcará la nueva etapa del hombre, madurando su conciencia: «Ser hombre lleva consigo esta decisión de serlo, que agudiza el conflicto, que lo hace estallar en una u otra forma. Y al mantenerla, el conflicto se mantiene, y entonces nace la conciencia... Pues la conciencia nace y se ensancha con la decisión de ser hombre. No se es hombre simplemente por haber nacido hombre, sino cuando se asume el serlo. Y esta asunción se encuentra en el origen de las culturas que perviven con las que tenemos que contar para revivir nuestra historia» (págs. 101-102).

Planteado así el tema, María Zambrano estudiará las tres «etapas de la humanización» en su progresivo discurrir: la primera, que «marca el nacimiento de la filosofía en Grecia en el siglo VI a. de C., cuando el sabio Tales deja de *saber* para preguntarse

acerca de las cosas» (pág. 102); la segunda, que aparece con la llegada del cristianismo y la tercera, que se consuma en la época actual. Una breve alusión a cada una.

Ya «el preguntarse por las cosas señala un cambio en la actitud humana». María Zambrano apela al magisterio de Ortega, quien «hacía nacer la pregunta de Tales del vacío dejado por los dioses griegos —dioses sin *ser*—. Al no encontrar el hombre griego, el *ser* en los dioses, fue a buscarlo en las cosas: "O hay dioses o hay ser", en contraste con la religión de Israel, cuyo Dios "es El que Es", decía» (pág. 102). Acertadamente comenta la autora nuestra diversa herencia, recibida por ambos cauces, concluyendo: «Y así podríamos decir que en Grecia se reveló lo humano y en Israel el hombre. Dos modos de manifestarse la condición humana que se entrecruzan en nuestra cultura occidental y que, según los momentos, predominan la una sobre la otra» (pág. 103).

A través de los grandes filósofos griegos que suceden a Tales, María Zambrano hace un interesante recorrido por la historia de la filosofía griega, resaltando los principales jalones en esta fundamental etapa de la humanización y deteniéndose en Sócrates, que «marca el segundo momento decisivo de la revelación griega de lo humano» (pág. 107), en los filósofos cínicos, en quienes «aparece la máxima pobreza y el máximo señorío; la ignorancia y la suprema sabiduría; la desesperación y la capacidad de soportar el hambre y la sed» (pág. 110) y en el estoicismo (págs. 111-113).

Después de la extensa atención prestada al mundo griego, María Zambrano subraya la importante aportación que supone la llegada del cristianismo, «nueva fe... portadora de una revelación no sólo acerca de la divinidad, sino acerca del hombre». Según María Zambrano, «era el "hombre nuevo" el "hombre interior", que decía San Pablo. Era la "interioridad" pues, la que se revelaba, la infinita esperanza, la libertad... La tragedia necesita un argumento; ser hombre sin más es ser el sujeto de una paradoja a la que no hace falta que se le añada ninguna particular historia. Es lo que, al menos, se nos aparece hoy como uno de los aspectos esenciales de la revelación del cristianismo en lo que concierne al hombre» (págs. 114-116).

Por fin, María Zambrano se refiere a «la situación actual» sobre la que afirma: «Mirada así desde sus orígenes, desde la doble raíz griega y judeo-cristiana, nuestra cultura occidental, no parece extraordinario que en ella se produzca una crisis. Crisis que no es la primera, ni podrá ser la última, pues se debe a su radical humanismo. El hombre es el ser que se busca a sí mismo en todas las culturas. En la de Occidente diríamos que, además de buscarse, se propuso a sí mismo como una tesis frente al universo que ha perseguido su originalidad, ciñéndose cada vez más a ella: atreviéndose a exigir, que es pensar, y a esperar ilimitadamente» (pág. 116). El recuerdo a Dilthey, Bergson, Husserl y Heidegger, como máximos exponentes de la filosofía de nuestra época, cierran este profundo y brillante análisis «sobre el problema del hombre».

Como si fuera un complemento de lo anteriormente dicho, María Zambrano publica también en *La Torre,* un año más tarde, un nuevo artículo, «Apuntes sobre la acción de la filosofía» (número 21 de la lista), en el que vuelve sobre algunas ideas ya expuestas desde una diferente perspectiva, dirigiendo ahora la mirada hacia el tema que expresa el título. Este artículo, como ella precisa en nota, fue «escrito en 1953 para un libro-homenaje a Ortega en su jubileo y no publicado» (pág. 553).

A tenor del motivo circunstancial de estas páginas, María Zambrano arranca del planteamiento de la orteguiana «razón vital»: ¿Por qué el hombre hace cosas tan diversas?, ¿por qué hace filosofía?, ¿puede dejar de hacerla en algún momento?, «¿en qué consiste la acción de la filosofía?» (pág. 555). En respuesta a estas preguntas la autora recorre el itinerario histórico del hombre, sujeto de la filosofía, que «aparece, así, como el quehacer más radical del hombre, el más fielmente ligado a su peculiar y extraña condición: a su falta de ser, a su específica condición viviente. A ser no algo que es, sino el viviente entre todos los que viven; el que vive radicalmente» (pág. 554). La filosofía es fruto de un conflicto, hija de la voluntad del hombre en busca del ser, desechada ya, al fin, su presencia en los dioses y aceptada por el hombre su condición de viviente. Por eso, la filosofía no ha podido dejar de hacerse ni aun queriendo, no ha habido más remedio que hacerla, a partir de la realidad, de las cosas, por cuyo *ser* empezaba las cuestiones filosóficas.

En epígrafes harto elocuentes («el fracaso, el conflicto de ser hombre, la actitud filosófica, la medida humana») María Zambrano expone los orígenes del filosofar hasta que fija su atención en «la primera acción de la filosofía», que es, según ella, «la conquista del tiempo y del espacio en la filosofía griega» (pág. 562). Detenidamente analiza los intentos pitagóricos por situar el conocimiento «como coronamiento y purificación de una vida» (pág. 566), las aportaciones del estoicismo en su retirada negativa para proseguir la aventura del pensamiento filosófico (pág. 568) y, sobre todo, las aportaciones del cristianismo ante «la crisis del hombre» (pág. 569 y sig.), especialmente su contribución a la vida, pues «el cristianismo no era nada parecido a lo que esa partícula «ismo» suele significar: una teoría, una doctrina. Era simplemente vida; vida cristiana. Había una verdad que no operaba al modo de la idea que ilumina o aclara la duda de la mente, sino de la revelación que transforma y hace ser otro; una verdad que convierte» (pág. 572).

Este último apartado sobre «la vida cristiana» (págs. 572-576) es singularmente luminoso, original y profundo; no consideramos atrevido afirmar que hay en estas páginas de María Zambrano una excelsa penetración mística, una elevada teología, en cuya prueba desisto de aportar ahora nuevas citas por no alargar aún más esta exposición.

La tercera y última colaboración de María Zambrano en *La Torre* tiene por el tema un asunto de singular importancia que bien queda de manifiesto en el lacónico, aunque expresivo, título del artículo: «El tiempo y la verdad» (número 22 de la lista inicial), para el que escoge como lema unas palabras de Píndaro sobre la fundación de Olimpia: «Y a esta fiesta natal asistían las parcas y el que sólo establece auténticamente la verdad: el tiempo» (pág. 29).

Comienza María Zambrano por afirmar que el tiempo es el soporte de la palabra y la creación humanas; los tres —tiempo, palabra y creación humana— son notas esenciales de la condición del hombre: «El modo temporal se insinuaría como sostén, condición "de la palabra y de la acción creadora" (pág. 29). Por otra parte, la percepción del tiempo viene a manifestarse como un sentirse a sí mismo que tiene carácter de nacimiento, de fiesta natal: «A todo nacimiento el tiempo está presente asistiéndolo, mientras que a todo engendro o quimera, el tiempo sólo asiste con su

medir, especie de conciencia desencarnada, de mirada primera, como una potencia autónoma, sin sujeto» (pág. 30).

Apela María Zambrano a la mitología griega para desentrañar el verdadero significado de Cronos en el concierto de los dioses y en sus relaciones con los hombres. La acción de Cronos queda descrita así, en resumen, por María Zambrano: «Fue, pues, una triple acción la de Cronos, o una sola en tres momentos: obedecer a la voz de la Tierra exasperada por haber de guardar dentro de su seno a unos hijos nacidos ya, herir al cielo impenetrable —absoluto— partiéndolo, desentrañándolo, haciendolo pasar, y liberar a los ya nacidos dioses a quienes la madre se les había vuelto prisión» (pág. 32).

En la relación del hombre con el tiempo, María Zambrano subraya estos aspectos: «Antes que visión del tiempo, el hombre sufrirá el encuentro con el tiempo... Sin el paso del tiempo el hombre no se descubre a sí mismo como sujeto... Sólo entonces la realidad comienza propiamente a aparecer, extendida, abierta, transitable. La realidad que, a diferencia de los dioses, no rapta, ni deja caer; no entusiasma... Del tiempo se comenzó a saber antes de que ninguna pregunta sobre él pudiera ser formulada... La sabiduría, vieja y tradicional como toda sabiduría, de que el tiempo ha de padecerse ante todo. Pues que oculta y revela, devora seres y cosas, para devolverlos un día en algo más y menos de lo que fueron; en una presencia de verdad, paradójicamente inmóvil» (págs. 34, 35 y 36).

Dentro de la segunda parte del artículo, María Zambrano se refiere a las relaciones entre tiempo y verdad. Según ella, «la verdad es el máximo suceso. Cuando la verdad aparece se hace el presente, el presente puro. El instante que hace como si todo el tiempo estuviera en él, como si todo el tiempo fuese en él; como el "ser" del tiempo. El instante libre, en la cadena entre pasado y porvenir» (pág. 37).

Otros aspectos de la íntima conexión entre el tiempo y la verdad se refieren a la diferente perspectiva de la verdad en el tiempo de la muerte, a la verdad que se expresa en el decir, a la unidad que, gracias al tiempo, cobra la verdad, al poder liberador, por fin, que el tiempo proyecta sobre la verdad.

En suma, María Zambrano ilumina con su brillante pensamiento aquellos puntos fundamentales que vienen a resumir las relaciones entre el tiempo y la verdad: «El tiempo, pues, está implícito también en la verdad para el hombre... Y existe además la verdad que el tiempo descubre y ofrece... Es la verdad, ésta que el tiempo descubre, la verdad de los vencidos, y del hombre en tanto que vencido... El camino de la historia necesita de este padecer verdad y tiempo a la vez... La verdad que vuelve con el tiempo, vuelve con algo que no tuvo... La verdad ha de atravesar el tiempo, conjugarse con él para mostrar su esencia vivificante: la verdad que no sólo es sino que nace y hace nacer» (págs. 40, 41, 42).

* * *

Finalmente, para concluir este largo recorrido por algunas colaboraciones de María Zambrano en revistas hispanoamericanas, el artículo «Unamuno y su tiempo», publicado en 1943 en la revista *Universidad de La Habana* (ver núm. 23 de la lista),

extenso estudio que puede considerarse justificación primera del juicio de Aranguren sobre María Zambrano como discípula de Unamuno, del «Unamuno contemplativo»; según él, difícilmente pueda encontrarse en otro autor síntesis tan perfecta como las influencias de Ortega y de Unamuno en María Zambrano, quien «sin la menor violencia, da a palabras de Ortega un tono unamuniano» [8].

Como los cuatro epígrafes que subdividen el texto de María Zambrano son aquí suficientemente expresivos, copiaremos tales títulos, señalando también su extensión en páginas: «Esquema de su vida» (págs. 58-67), «Su inserción en Europa» (págs. 67-70), «Su función en la vida española» (págs. 70-82). Con aguda penetración expone María Zambrano cada uno de los apartados señalando, como principales, los siguientes aspectos.

Partiendo del hecho de que la vida de Unamuno es reciente, bien conocida y «explicable» a través de su obra, apunta María Zambrano su propósito de dibujar simplemente el perfil, «el esquema» de su biografía, su «conducta» (pág. 52). Para nuestra autora «Unamuno no ofrece una vida demasiado rica en peripecias; en rigor con tener tanta individualidad no parece tener vida íntima» (pág. 53). Lo más destacable es su vida familiar privada, «a la española en torno a un brasero» (ibíd.), vida «de monje con familia», que parece «tener como convento a la ciudad entera de Salamanca» (pág. 53).

Después de enumerar algunos hechos principales en la biografía de Unamuno, María Zambrano concluye que «su vida aparece así dramáticamente inscrita entre dos guerras civiles, limitada por ella, cortada a cercén por la última» (pág. 54) y destaca tres rasgos de la vida de Unamuno: su retiro permanente, su contacto con los avatares políticos de España y su soledad lejos de grupos y hasta de «Escuela».

María Zambrano profundiza en los motivos del apartamiento de Unamuno y su paradójica presencia en la vida española, intelectual y cívica, que le hacen exclamar: «como los señores medievales, como los santos, como algunos humanistas del Renacimiento..., hidalgo rebelde a la civilización cortesana del diecinueve..., comunero rebelde ante la Corte que crece y se extiende celoso de marcar su fuero, la marca de su dominio» (págs. 56-57). María Zambrano subraya el «afán patriarcal» de Unamuno: «él hubiese querido vivir en una ciudad de su fundación y que llevase su nombre». En conclusión, «el rasgo esencial de su vida "contable" es este aislamiento, pervivencia del señor feudal, del hidalgo renacentista "Caballero del verde gabán", del sabio dieciochesco todavía parapetado en su anacrónico castillo. Ansia también de espacio vital, de espacio donde extender su nombre sin fronteras. Quizá él creyó que quien consigue dar nombre a una ciudad está tan dentro de la historia como el que lo ha dado a un Imperio; quizá él pensó y quiso que Salamanca fuese la capital del espíritu hispánico en la hora en que él habitaba» (pág. 57).

Sobre la adscripción de Unamuno a la llamada generación del 98, María Zambrano sigue la opinión de Ramón Gómez de la Serna, situándolo en la que Ortega calificó como generación del 59, junto a Angel Ganivet. Después de referirse por extenso al testimonio de Azorín, María Zambrano va apuntando similitudes y diferencias entre

[8] J. L. L. Aranguren, «Los sueños de María Zambrano», en *Revista de Occidente*, núm. 35 (1966), 209 nota.

hombres de una y otra generación, señalando que Unamuno «no quiso ser espectador a la manera de los del 98; contrariamente a ellos, su retiro estaba preparado para la intervención»; en realidad, «precedía a los del 98, les había abierto hueco, los situaba» (pág. 61).

Dos apuntes más sobre el tema, tras recoger la alusión de Ortega al hecho de que Unamuno y Ganivet «se señalan por su convicción de que ser escritor consiste ante todo en ser "original"» (pág. 62). Para María Zambrano, «Unamuno vive todavía dentro del ciclo del romanticismo y del idealismo. Pues el idealismo filosófico alemán hizo del yo, la realidad radical, trascendental por excelencia. Por su parte, el romanticismo literario permitió esta libertad hasta el exceso de hablar desde el yo. Los dos romanticismos, filosófico y literario, parten de un supuesto común; el valor del individuo como tal, su carácter de unicidad» (pág. 63).

En el apartado tercero de su artículo, sobre la «inserción» de Unamuno en Europa, María Zambrano pretende señalar, según sus propias palabras, «cuál sea la coyuntura en que Unamuno llega a la vida europea, cuál el hueco en que su figura se inserta, cuál de sus dramáticos aspectos el que le tendrá por protagonista» (pág. 67). Ya dos páginas más arriba, María Zambrano había destacado que el radio de Unamuno «es ya el radio europeo» y que Unamuno «es en realidad un escritor europeo que reside en Salamanca como pudiera hacerlo en cualquier ciudad de Holanda o Alemania» (pág. 65).

Dentro de este aspecto, María Zambrano resalta el parentesco de Unamuno con Freud, Bergson y Husserl, pero, a la vez, deja en claro su peculiar carácter hispánico: «Si llegó a ingresar en la cultura europea no perdió la carta de nacionalidad hispánica» (pág. 68). O más abajo: «Europa no fue su suelo sino su horizonte» (pág. 69). Termina María Zambrano este apartado comparando el diferente enfrentamiento de Unamuno y Ganivet a Europa.

Por fin, al explicar la función de Unamuno en la vida española como tema del cuarto y último apartado de su artículo, María Zambrano destaca la «genialidad específica de Unamuno, que es su inmensa capacidad de expresión», tal como queda patente «en su prodigiosa toma de posesión del idioma castellano que originalmente le fuera tan extraño» (pág. 70).

María Zambrano alude también a otros españoles, anteriores a Unamuno, para destacar su parecido o sus contrastes: Quevedo, Larra, Zorrilla, Menéndez Pelayo, Gracián, Saavedra Fajardo, Feijoo.

Como no podía ser menos, María Zambrano profundiza en la hispánica religiosidad de Unamuno: «Unamuno rompe con el silencio del pensamiento, y se atreve con ímpetu desconocido a plantear la cuestión religiosa. Ya verenos lo que significase en Europa. En España tiene por el pronto una decisiva importancia» (pág. 75).

Después de aludir a varios españoles, singularmente representativos en el tema religioso, Miguel de Molinos, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, María Zambrano se pregunta refiriéndose a los dos últimos: «¿Qué revelan?, ¿Son acaso cristianos? ¿Lo somos de veras los españoles? ¿No será tal vez que nuestro cristianismo no coincide con el vigente en Europa?» (pág. 76). Preguntas sobre las que certeramente María Zambrano viene a «señalar que nuestra religión es cosa bien diferente, más

humilde, compleja, más cercana a las religiones primarias y primeras, más cosa de piedad que de fe individual» (pág. 77).

Para concluir, María Zambrano vuelve a destacar la que había llamado «genialidad específica» de Unamuno que le enfrentó «con ese horror al pensamiento que se había adueñado del ánimo español; el no querer saber y no querer decir, la inhibición suicida» (pág. 78). Una extensa comparación con Galdós permite a María Zambrano dejar planteadas nuevas cuestiones, acabando finalmente: «Sea como quiera es lo cierto que Unamuno es el primero que irrumpe rasgando el silencio que pesaba sobre nuestra vida, desatando el nudo que apretó en su garganta la España del diecisiete y, como tal, será siempre el nombre y hasta el "ídolo" de la España que "se agita porque nace o resucita". El último ídolo tal vez de la España que necesita ídolos y "fenómenos" a quien adorar, en quienes condensar su energía sin empleo, y el primero de estos ídolos que la lanza hacia sí misma» (pág. 82).

JOSÉ SALINERO PORTERO
Alcazabilla, 4
MALAGA